

Dean Koontz

La casa del fin del mundo

Traducido del inglés
por Rocío Gómez de los Riscos

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The house at the end of the world*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



The house at the end of the world © 2023 by the Koontz Living Trust

© de la traducción: Rocío Gómez de los Riscos, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-987-4

Depósito legal: M. 3.406-2025

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para Gerda. Por nuestros cincuenta y seis años
de casados: ¡la mitad del camino!*

Uno: Sola

LA ÚLTIMA LUZ DEL DÍA

Katie vive sola en la isla. Vive más por los muertos que por ella misma.

Es un día más de abril, un martes marcado por el aislamiento y por una serenidad conseguida a duras penas, hasta que deja de serlo.

Su casita de piedra es un edificio robusto construido en la década de 1940. Aparte del baño, la vivienda cuenta con cocina, una habitación, salón, armería y sótano.

Está situada en una loma, rodeada de campo por los cuatro costados; más allá de tres de ellos se extiende el bosque. La entrada principal mira hacia una pendiente que lleva a una playa de guijarros, el embarcadero, el cobertizo para botes y aguas abiertas.

Su dominio es un refugio tranquilo. Lleva meses sin oír ninguna voz humana aparte de la suya, y ella rara vez habla en alto.

No tiene ni televisión, ni radio, ni internet, pero atesora siete reproductores de CD con sendos cargadores para seis discos, los cuales ya no se fabrican. Oye música durante varias horas al día, siempre clásica: Mozart, Beethoven, Brahms, Chopin, Haydn, Liszt...

No le interesan ni el pop ni los clásicos estadounidenses. Por muy bonita que sea la voz, las letras le duelen, pues le recuerdan todo lo que ha perdido y lo que ha dejado atrás.

Ahora que ha encontrado la paz en el aislamiento, no va a arriesgarse a perderla.

En la ladera hay un tramo de escaleras de hormigón con una barandilla de hierro que lleva a la playa. Mientras baja, una paloma bravía la espera al final, posada en el poste.

Es como si el ave supiera en qué momento va a bajar a pasear por la orilla o a hacer cualquier otra cosa. No la teme y nunca alza el vuelo cuando se acerca; más bien parece tener curiosidad.

Katie se pregunta si habrá dejado de oler a civilización hasta el punto de que las criaturas de la isla ya la consideran una más y no un intruso ni un depredador.

Dentro de no mucho, más de un millar de garzas azuladas emigrarán a una colonia que hay en otra isla bastante más al norte de su retiro. Cuando termine la época de cría, alguna acechará de vez en cuando los bajíos de esta costa en busca de sustento, cual precioso descendiente del periodo jurásico.

En el cobertizo hay amarrado un yate de seis metros de motor intrafueraborda con timonera que ofrece autonomía y velocidad. Lo coge dos o tres veces al mes; sale a navegar sin rumbo y vuelve.

Cuando hace falta, y *solo* en ese caso, se acerca a tierra firme para hacerle el mantenimiento al barco en el puerto deportivo más cercano. Lleva cinco meses sin pisar el pueblo, desde que estuvo en el dentista.

Tiene un Range Rover aparcado en una plaza de garaje de alquiler. Paga a un vecino para que se lo mueva dos veces al mes y se lo deje a punto para cuando ella quiera usarlo. No tiene interés en ir a ningún sitio, pero la experiencia le ha enseñado que debe estar preparada para cualquier tipo de contingencia.

Hoy en día, incluso las islas de este rincón remoto del archipiélago gozan de servicio de telefonía móvil. Ella rara vez llama por teléfono. Solo manda mensajes de texto al servicio marítimo de Hockenberry.

Desde allí le envían comida, tanques de propano y otros artículos dos veces al mes. Con mucho gusto le subirían las

cosas a casa por las escaleras, pero ella siempre rechaza la oferta, igual que hoy.

Tiene treinta y seis años y está en muy buena forma física. No necesita ayuda. Además, prefiere no relacionarse con nadie y ellos tienen la llave del cobertizo.

Está hecho con la misma piedra que la vivienda. En el lateral que toca tierra hay un habitáculo independiente insonorizado que alberga el generador de propano, el cual provee de electricidad a la vivienda y a la bomba que saca el agua del pozo.

El yate está en la parte de abajo, en el habitáculo delantero, amarrado a las cornamusas del atracadero flotante y protegido por defensas de caucho. Las corrientes suaves que se cuelan por debajo de la puerta enrollable lo bambolean imperceptiblemente.

Hay una pasarela que sube desde el atracadero hasta una zona de almacenamiento que está al mismo nivel que el embarcadero. Dentro hay, entre otras cosas, un frigorífico; ahí le guarda el repartidor los productos perecederos. Los demás están en cajas de cartón robustas al lado de la nevera.

Cuando necesita propano, le dejan los tanques en el cuarto del generador, así como latas de once litros de combustible para el barco.

Ahora mismo, Katie está asegurando las cajas con cintas a una plataforma con ruedas especial para salvar los escalones fácilmente antes de arrastrarla hasta la casa. Tiene que hacer dos viajes para transportar el pedido entero.

Luego deja la plataforma de vuelta en el nivel superior del cobertizo, cierra la puerta y se queda en el embarcadero observando ese mundo suyo bajo durante los noventa minutos de luz que quedan.

El cielo está casi todo azul, excepto por una filigrana de nubes blancas que lo decora a voleo; parecen una tira de encaje deshilachada. El sol se aleja un poco hacia el oeste, y esos arabescos y volutas se tornan dorados bajo su luz oblicua.

Décadas atrás, el agua estaba turbia. La aclararon introduciendo mejillones cebra, los cuales se alimentan de algas. A unos veinticinco metros o más de profundidad se distinguen el fondo rocoso y varias embarcaciones naufragadas.

Aquí donde está Katie, al final del archipiélago, si mira hacia el sudsudoeste solo ve dos islas más. Cuando adquirió esta propiedad (que tiene casi un kilómetro de largo por algo menos de ancho), su lejanía se ajustaba tanto a su estado de ánimo como a su bolsillo.

En 1946, cuando se mudó la primera persona que vivió aquí, un veterano de la Segunda Guerra Mundial joven, la isla no tenía nombre y él tampoco se lo puso. El segundo dueño, Tanner Walsh, poeta, novelista y místico, la llamó la Escalera de Jacob en referencia al profeta del Antiguo Testamento, quien afirmó que había visto una escalera que llevaba al cielo.

Durante su primera semana allí, presa del resentimiento y la rabia, para ella su nuevo hogar era la isla del Último Peldaño. Por aquel entonces, ascender al cielo parecía una tarea larga, ardua e imposible, y obtener la gracia, siempre inalcanzable.

Oak Haven, la isla más pequeña de las dos más próximas, está a media milla hacia el este, más cerca del continente. Ocupa un tercio del tamaño de su santuario y hay una casa muy grande de estilo Cape Cod con tablones de madera y un porche blanco maravilloso.

Desconoce cómo se llaman los habitantes y no tiene ningún interés en averiguarlo.

La otra cosa que interrumpe la extensión de agua se yerge a dos millas al sudsudoeste de donde se encuentra Katie. Mide el cuádruple de largo que su propiedad y quizás el doble de ancho.

Entre el continente y esta última isla, la más apartada, hay tráfico de embarcaciones y helicópteros (algunos son bimotores grandes), unas veces con más frecuencia que otras. Hay un muelle de piedra enorme muy largo con un

puerto de aguas profundas; durante sus excursiones, Katie ha visto alguna vez la dársena llena de trabajadores ajetreteados descargando barcos.

En el centro de ese lugar hay una especie de recinto, pero no se ve. La isla está rodeada por un pinar muy denso que hace las veces de empalizada con agujas ante las miradas curiosas.

Esta isla es Ringrock y se llama así por la formación rocosa sobre la que se sustenta, una columna enorme. Ni siquiera los repartidores de Hockenberry saben mucho más de ese sitio; nunca van allí.

Si los helicópteros tuvieran algún distintivo de las fuerzas armadas, sería prueba suficiente de que es un recinto militar. Más allá de la matrícula en la popa del fuselaje y de otra cifra más corta que se ve en la cubierta del motor, es imposible identificar las aeronaves. Lo mismo pasa con las embarcaciones que van allí.

La semana que Katie visitó la Escalera de Jacob e hizo una oferta, Ringrock, allá a lo lejos, estaba pasando por un periodo de relativa calma. Ella no le dio importancia.

Gunner Lindblom, el agente inmobiliario, le dio a entender que era un centro de investigación de la Agencia de Protección Ambiental.

Le pareció inofensivo.

Resultó ser un rumor.

A lo mejor algunos residentes de los cientos de islas que hay al noreste de la suya o de las zonas costeras sí saben qué es ese recinto que ocupa el último islote de la cadena. No obstante, Katie nunca se junta con los insulares y rara vez lo hace con los continentales, pero, cuando se relaciona con los últimos, nunca cotillea.

Si pregunta sobre los demás, no le cabe duda de que querrán saber cosas de ella. Cuando habla de su pasado, se corta con sus recuerdos afilados; después de haber conseguido dejar de sangrar, no está dispuesta a reabrir las heridas.

Ella espera que esa isla misteriosa no sea más que un retiro para empresarios mandamases o cualquier otra cosa relacionada con la empresa privada. No le da miedo la gente que se mueve por el lucro. Con contadas excepciones, su máxima aspiración es enriquecerse dando servicio a sus clientes, no machacándolos.

Sería más problemático que el recinto estuviera auspiciado por la Agencia de Protección Ambiental, los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades, la Agencia de Seguridad Nacional, la CIA o cualquier otra organización federal anónima encubierta.

Katie recela de la autoridad. No se fía de la gente que prefiere el poder al dinero o que busca obtener lo segundo ejerciendo lo primero en vez de trabajando.

No es que sea survivalista, pero tiene intención de sobrevivir. Tampoco es preparacionista, pero está preparada.

No cree que esté viviendo en el fin de los tiempos, aunque de vez en cuando se lo pregunta.

El aislamiento es una barrera contra el miedo y la desesperanza. Lo único que necesita para curarse, si es que eso es posible, es naturaleza, calma y tiempo para reflexionar.

Después de veintiséis meses viviendo en la Escalera de Jacob, ya casi no tiene miedo y la desesperanza se ha tornado poco a poco en una amargura arraigada. No es feliz, pero tampoco infeliz; se regodea en su aguante.

Se dispone a dar la vuelta para volver a casa y tomarse un vino mientras prepara la cena cuando Ringrock empieza a bullir de actividad. Se sobresalta, gira hacia el ruido y entrecierra los ojos por la luz vespertina del sol.

Como si se tratara del complejo mecanismo de un reloj suizo al dar la hora, dos helicópteros se alzan de repente desde el centro de la isla (el primero es biplaza y el otro parece que tiene cuatro asientos) y una flotilla de lanchas de carreras de fibra de vidrio se aleja del muelle. Son barcos de líneas depuradas que van a ras del agua; le parece que son

seis. El chirrido de las turbinas, el estruendo de las hélices cortando el aire y el rugido de los motores fueraborda rebotan en la superficie como piedras haciendo cabrillas.

Un aparato se dirige al sur y el otro hacia el norte. Sobrevuelan el terreno de derecha a izquierda y viceversa; parece que están buscando algo en Ringrock. El sol se desliza como oro fundido por la cabina de cristal de la aeronave que va en su dirección. Dos de las lanchas de carreras bordean la costa hacia el noreste, mientras que otras dos aceleran hacia el sudoeste; el par restante peina el muelle de arriba abajo: están patrullando el perímetro.

Ringrock no es una cárcel. Si fuera un centro penitenciario, Gunner Lindblom y los vecinos lo sabrían; sería a la vez un importante generador de empleo y objeto de preocupación.

Lo más probable es que lo que está presenciando no sea una fuga, sino una invasión. Si el recinto alberga un operativo de alta seguridad, los vigilantes reaccionarían así en caso de una brecha en la alambrada eléctrica.

Lo que sea que esté pasando no es de su incumbencia. Katie se ha aislado de la compañía de desconocidos y es muy consciente de lo peligroso que sería llamar la atención metiéndose en asuntos ajenos.

No tiene familia en el mundo exterior. Están todos muertos.

Cobrar el seguro de vida y vender dos casas contribuyeron de manera significativa a que pudiera comprarse esta isla remota e infravalorada. Aún le quedan fondos de sobra para mantenerse durante más tiempo del que espera vivir.

Los investigadores de Ringrock siguen alterando el día con su actividad frenética cuando Katie se va del embarcadero.

La paloma bravía ya no está en el poste del final de las escaleras.

Según sube, ve un cuervo en la caperuza de la chimenea. Está mirando hacia el este; parece un centinela encargado de darle la bienvenida a la noche, la cual, allá a lo lejos, se arrastra por la Tierra mientras esta gira.

UNA PEQUEÑA FORTALEZA

Joe Smith, el veterano de guerra y primer dueño de la casa, fue quien supervisó la construcción en 1946; se le daba muy bien la carpintería y él mismo se encargó del interiorismo con mucho mimo. Las vigas del techo, las tablillas superpuestas entre medias y el revestimiento (de una madera de pino con nudos barnizada que te envuelve en una calidez dorada) son una obra maestra del diseño y la carpintería ajena al alabeado y el desgaste tanto de las tormentas como del paso del tiempo.

Además, fabricó casi todo el mobiliario en pino o roble, el cual también se conserva todavía. Tanner Walsh, el segundo dueño, se limitó a retapizarlo a su gusto y Katie ha hecho lo mismo.

Las chimeneas de piedra de la cocina y el salón bastan para caldear la casa entera. Walsh prefirió quitarse de líos quemando madera y puso calefactores en las cuatro estancias, y ella los ha renovado.

Ha cambiado las alfombras persas de imitación por unas de estilo navajo hechas por una tejedora con un talento especial para crear diseños tradicionales, con variaciones más sutiles y bastante bonitas.

La puerta de la entrada (la única que hay) es de roble y está acorazada. Casi ocho centímetros de grosor.

Las ventanas abatibles son más pequeñas de lo que le gustaría y se abren hacia dentro. Mantiene a raya a mosquitos y moscas con unas mosquiteras, pero también hay sendas barras de hierro, una vertical y otra horizontal, bien asentadas en marcos de hormigón.

En la década de 1940, la tasa de criminalidad del país era baja. Si bien podría pasar que algunos ladrones acuáticos insensatos se fijaran en las casas que hay en estos cientos de islas agrupadas en la cabecera del archipiélago, esta región remota vive ajena al delito incluso hoy en día.

Durante el año previo a su muerte, Tanner Walsh estuvo investigando a Joe Smith y dejó constancia de sus impresiones sobre la casa y la isla. Este escritor místico pensaba que la intención de Joe era formar una cruz con las barras y tenía la convicción de que casi cualquier aspecto del edificio estaba cargado de simbolismo.

Katie cree que su razón de ser no es tan espiritual. Por un lado, poner dos barras de hierro cruzadas es la forma más barata y sencilla de evitar que alguien entre por una ventana.

Por otro, en 1945, Joe Smith era parte de la unidad que liberó a los prisioneros de Dachau. Las cosas que vio este chico de campo del norte del estado de Nueva York lo dejaron tocado de por vida; por eso se fue a vivir solo, apartado de sus semejantes. Treinta vagones repletos de cadáveres en descomposición. Una «sala de desollado» donde les arrancaban la piel con cuidado a los prisioneros recién asesinados para hacer «pantallas de lámpara de calidad». Una cámara de descompresión donde hacían experimentos sobre los efectos de la altitud con sujetos que acababan volviéndose locos y con los pulmones reventados. Todo ello en nombre del pueblo, según insistían las autoridades, para conseguir una sociedad más justa. La justicia nunca sobra en Utopía.

Para Katie, este sitio es la casa del fin del mundo, de su mundo.

UNA OBRA DE ARTE

Al principio, los muros gruesos de piedra impedían que el follón constante de Ringrock perturbara la calma de la casa.

Katie se sirve un buen cabernet sauvignon, pero no se pone a preparar la cena de inmediato, sino que se va con el vino a la armería.

Usa esa palabra para engañarse a sí misma. En una esquina descansan una escopeta de calibre 12 con empuñadura y un AR-15 que la gente que no sabe de armas suele llamar fusil de asalto. Los dos están descargados. También tiene una reserva sustancial de munición para ambas.

No obstante, la mayoría de la estancia está equipada con una mesa de dibujo amplia, un taburete regulable, un atril, armarios llenos de material de arte y un sillón en el que a veces se apoltrona para contemplar la obra en la que esté trabajando en ese momento.

Amén de los tres miedos cervales (dolor atroz, discapacidad y muerte), todo el mundo necesita al menos un motivo por el que vivir, una tarea inspiradora. Para Katie, el arte ha sido una de sus razones de ser desde la adolescencia. Desde que vive en la isla, se ha convertido en su *única* inspiración.

Rondaba la veintena cuando empezó a florecer su carrera. A los veintidós años ya tenía representación en galerías importantes. Sus cuadros cada vez se vendían por más dinero.

Hoy en día solo crea para ella, porque no hacerlo es como morir por dentro. No tiene intención de volver al mercado

del arte. Destruye más obras de las que conserva. No ha colgado ninguna en las paredes de esta casa.

Pinta para rebelarse contra el impresionismo abstracto y todas esas escuelas modernistas y posmodernistas desalmadas. Su estilo característico es el hiperrealismo, con el que intenta captar lo mismo que la fotografía y mucho más: lo que la mente sabe de una escena que en sí misma no revela nada; lo que siente el corazón por el sujeto que tiene delante; el pasado que perdura en el presente y el futuro que acecha sin mostrarse; el significado de cualquier momento sobre la faz de la Tierra, si es que lo tiene.

Ahora, vino en mano, se planta delante del lienzo que descansa sobre el atril, su trabajo en curso. Mide un metro veinte de ancho y noventa centímetros de alto. El tema es muy mundanal. Son tres escaparates de un centro comercial a pie de calle que cuenta con siete establecimientos: un local de manicura, una heladería y una pizzería de barrio.

Para el ojo ajeno, el cuadro está terminado: es una obra fotorrealista con la misma profundidad que un trampantojo. Para Katie, falta algo; mañana empezará la parte complicada del trabajo.

La mayoría de los artistas tacharían su estudio de inadecuado. Insistirían en la necesidad de tener ventanas más grandes, una buena luz del norte.

Ella no necesita nada aparte de lo que ya tiene. Con esta vida menguada que lleva, se conforma con pintar con luz artificial. Últimamente, hay veces en que las mejores obras las hace entre las sombras, sin ninguna luz más allá de la que ella focaliza en el lienzo.

Casi se le sale el vino de la copa cuando se sobresalta al oír una explosión a lo lejos; suena amortiguada, pero las ventanas traquetean y las vigas del techo rechinan.

CARGAS DE PROFUNDIDAD

Por mera curiosidad, quizás acrecentada por su estado de paranoia permanente a raíz de su vida continental, a Katie le llama la atención cuando el tráfico marítimo es inusual. Tiene unos prismáticos muy potentes en una mesita del salón. Los coge y sale fuera. Nada más abrir la puerta, otra explosión amortiguada sacude la tarde.

Sale corriendo, para en el borde del promontorio que domina la costa y se lleva los prismáticos a los ojos. Las lanchas fueraborda se han retirado.

Katie no sabe (o no recuerda) tanto como debería de los helicópteros del Cuerpo de Marines de Estados Unidos. La aeronave que está patrullando el agua a varios cientos de metros de Ringrock es más grande que las dos que han estado oteando la isla de arriba abajo y de izquierda a derecha hace no mucho. Se asemeja a los Sea Horse o a los Sea Stallion. Al igual que los dos de antes, no tiene ningún distintivo, cosa obligatoria en cualquier artefacto militar. Pocas empresas privadas usan aeronaves de ala giratoria con tanta potencia y capacidad de carga.

A diferencia de los pequeños, este actúa con violencia, lo cual no tiene sentido en este sitio ni a estas horas. Mientras sobrevuela, varios tripulantes se deshacen de un barril de la mitad del tamaño de uno de petróleo lanzándolo por la rampa de carga trasera. Cae en picado treinta metros antes de tocar agua y hundirse; luego el aparato avanza. Al detonar hace un ruido amortiguado, aunque es tan potente que ha debido de tener lugar a una o dos brazas de distancia. La

superficie del lago se hincha como si estuviera emergiendo un leviatán. El agua bulle. Un géiser fugaz sale disparado hacia lo alto y luego se desvanece. Tiran otra carga de profundidad.

Katie, aturdida, baja los prismáticos; las olas suaves de la primera explosión bañan los pilotes del embarcadero y lamen la orilla de guijarros.

Le cuesta explicar qué es lo que está presenciando. ¿Contra qué están atacando? Es imposible que un submarino se adentre en este sistema de lagos de agua dulce. Además, no se ha declarado ninguna guerra; no es nada probable que esto sea una batalla naval. Tampoco es el mejor lugar para ese tipo de maniobras.

Parece que la cuarta detonación da por satisfecho el mandato que ha dado lugar a esta insensatez. El Sea Horse (o lo que sea) da media vuelta y vuelve a Ringrock sin expulsar nada más.

Uno de los dos aparatos de antes, el más grande, reaparece a la altura del extremo noreste de la isla; es una especie de helicóptero ejecutivo más propio del mundo empresarial. Lo mira de cerca con los prismáticos y ve que van el piloto, el copiloto y dos pasajeros en la parte de atrás. Desde tan lejos son meras figuras, siluetas, así que no es capaz de distinguir si llevan uniforme.

El piloto sigue el rastro del aparato que ha lanzado los explosivos y empieza a peinar esa extensión de agua de izquierda a derecha y de arriba abajo, casi igual que como ha hecho antes con parte de la isla de Ringrock.

Acaba de ver que en la panza del fuselaje sobresale una especie de instrumento que antes no era visible. Katie no puede más que suponer que se trata de varios sensores para comprobar si las cargas de profundidad han alcanzado los objetivos.

Puesto que no es posible que sea un submarino ruso o chino ni una nave dirigida por el capitán Nemo invocada

por la imaginación de Julio Verne, a lo mejor están buscando buzos muertos.

¿Quién ha hecho qué? ¿Ha burlado alguien la seguridad de la isla? ¿Se han escapado con material confidencial o con pruebas de delitos graves?

A lo mejor es una secuencia de una película de James Bond. Le cuesta creer que este archipiélago aletargado sea escenario de melodramas glamurosos de ese estilo.

Es más, si de verdad hubiera buzos, sería desproporcionado responder a su incursión con fuerza letal, encima empleando tal cantidad de material altamente explosivo; de hecho, es de una violencia fuera de toda lógica. La ley exige que haya una detención, una acusación y un juicio. Si el recinto de Ringrock es un operativo del Gobierno o de una empresa privada, en ningún caso estaría dispuesto el mando a poner en peligro su libertad exponiéndose a cargos por un uso excesivo de la fuerza resultante en homicidio involuntario o asesinato.

Los ecologistas indignados, que podrían haber presenciado las explosiones desde alguna embarcación o desde el continente, bastan para disuadir a las autoridades de Ringrock de hacer lo que parece que han hecho.

A pesar de lo que ha visto Katie, no es posible que sea lo que parece. Le falta información esencial para dar con una explicación lógica y razonable.

El único helicóptero que queda sobrevuela de izquierda a derecha y viceversa una extensión de agua cuya profundidad supera los noventa metros.

A medida que el cielo vespertino se oscurece poco a poco, el reflejo azul sobre el enorme lago va desapareciendo. A los pies de Katie, lenguas de agua gris lamen las piedras de la orilla, lisas como el granito de las lápidas por las caricias húmedas recibidas durante siglos.

La filigrana de nubes, ahora dorada, embellece el cielo cual adornos elaborados con alambre de joyero.